

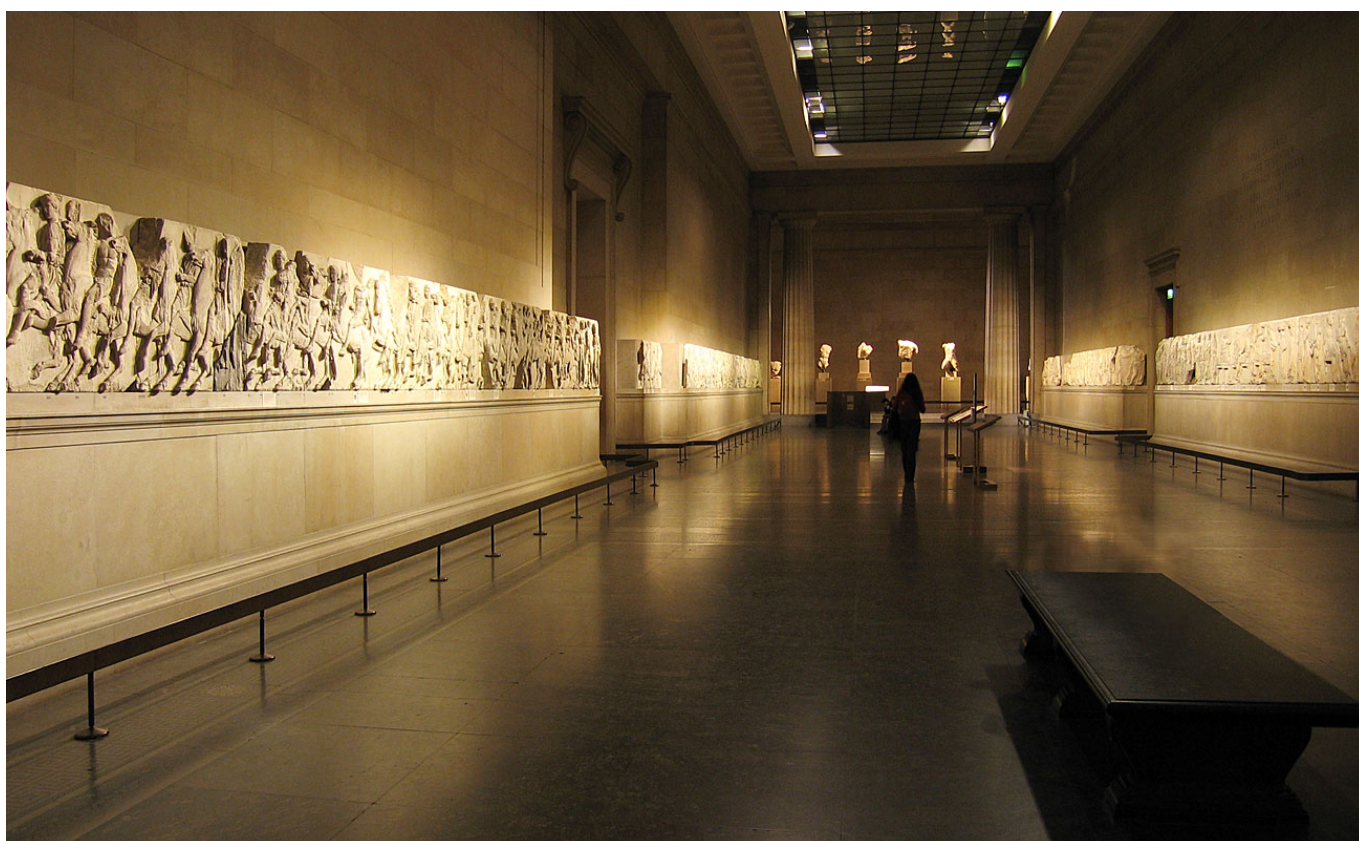
a debate *Descolonizar el museo y resignificar los monumentos: la escena del crimen*

| coordina Marisa González de Oleaga

## La historia nos pertenece

José Antonio Sánchez Román | Dpto. de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5533](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5533)>



Mármoles de Elgin en el Museo Británico | foto Andrew Dunn

En una reciente conversación entre el profesor español Jaime Alvar Ezquerra y Mary Beard, a la pregunta “¿a quién pertenece la historia?”, la clasicista británica respondía: “a nosotros” (“to us”). Los que se oponen a una revisión de las narrativas que ofrecen los museos, lo que se ha denominado descolonización, argumentan que el pasado no se puede alterar. La observación no deja de ser una obviedad: en efecto, el pasado no puede modificarse. Pero, en realidad, el debate sobre la descolonización de los museos plantea otro objetivo, el de ofrecer

otra narración sobre ese pasado. Y esas narrativas sí pueden modificarse; de hecho, es lo que hacemos las historiadoras en cada generación, utilizando nuevos instrumentos de análisis y planteando nuevas preguntas. Es lo que han hecho los museos a lo largo de la historia; han modificado sus contenidos, estructuras y narrativas. Por eso no tiene nada de disparatado volver a plantear una reforma de los museos que afecte a sus colecciones, si se considera pertinente, y a la forma como estas se presentan. Los museos no son el pasado sino inter-

pretaciones sobre el pasado y deben someterse a la revisión y el debate, como el trabajo de los historiadores.

Una de las principales contribuciones de la historiografía en el último medio siglo ha sido la de deconstruir los relatos nacionalistas. Hoy, gracias a trabajos sofisticados y muy ricos y a un debate muy vivo, hemos desnaturalizado la idea de nación y sabemos que esos grupos humanos que llamamos naciones son “comunidades imaginadas”, construcciones culturales relativamente recientes. Sin embargo, mientras que la historiografía profesional apenas acepta hoy los relatos nacionalistas, los museos los preservan. En el fondo, el rechazo a “descolonizar” los museos obedece a un deseo de mantener el relato civilizador, la idea de que esos estados naciones que hoy se consideran herederos de los viejos imperios cumplieron con una misión benéfica para la humanidad. El rechazo británico (de algunos sectores) a entregar a Grecia los mármoles del Partenón se basa en algunas ocasiones en el argumento de que esas obras están mejor preservadas y son más accesibles para todos los seres humanos permaneciendo en el British Museum. Más allá de lo discutible de ambos argumentos, en el fondo subyace la idea de la superioridad civilizadora británica.

Por supuesto no se trata de reemplazar un relato nacionalista con otro. Quien haya visitado Grecia observará con facilidad cómo se ha procedido a una supresión de los restos de la presencia otomana en el paisaje urbano; y se ha construido un relato en el que los siglos de dominación otomana en la actual Grecia se presentan como un período de ocupación extranjera, y la independencia helena como el momento de liberación y recuperación nacional que vinculaba directamente a los presentes ciudadanos griegos con los contemporáneos de Pericles.

En España, quienes se resisten a alterar el relato museístico recurren muchas veces a este argumento. Afirman que aquellos que defienden la necesidad de la “descolonización” de los museos, parten de relatos nacionalistas que buscan su legitimación en la crítica al pasado imperial. En este argumento emerge cierta peculiaridad española. Mientras que en Francia y Reino Unido se

ha aceptado de manera general el uso del término colonial para calificar sus imperios en el pasado, los que en España se oponen a la transformación de los museos niegan la mayor, y afirman que el Imperio Español nunca fue un imperio colonial. Las razones para esta persistencia son múltiples, y no es este el momento de explorarlas, pero las consecuencias de esta afirmación son obvias. Lo que se pone de manifiesto es una suerte de excepcionalismo español o ibérico, que alejaría al español de los otros imperios europeos (principalmente del británico, el espejo habitual en el que se miran estas posiciones). A estas alturas sabemos bien que los relatos excepcionalistas no son más que otra manifestación del nacionalismo. En el fondo, quienes se resisten a alterar los museos coloniales temen que se ponga en entredicho no el pasado, sino un relato que les permite sentirse orgullosos e incluso superiores por pertenecer a una determinada comunidad. Pero las historiadoras y los ciudadanos podemos hacerlo mejor y ofrecer otro relato, menos nacionalista, más complejo, más democrático. Podemos hacerlo porque es necesario y porque la historia, como dice Mary Beard, nos pertenece.